

Una mañana Lauryn caminaba como lo hacía todos los domingos. Sin embargo, no sentía cansancio alguno. Mínimo 5 kilómetros. Para distraerse, escuchaba música con sus audífonos, eso hacía su caminata más agradable. Estar en buen estado físico, lo consideraba importante. El estrés que causaba el trabajo lo descargaba haciendo ejercicios, como caminar, trotar.

A pesar de su edad (alrededor de los 36 años) seguía manteniendo su figura, llena de vida y tenía todo lo que una mujer deseaba. Trabajo, familia, y un lugar para vivir.

Tomo un sorbo de agua fría en el termo.

La vida le había producido una satisfacción enorme, por no mencionar los estudios académicos. Una infancia como cualquier otro niño, que conducía a optar valores y conocimientos adquiridos. Los padres solían darle una mejor educación, dentro y fuera del hogar, estando en universidades y colegios privados de alta categoría.

Camino a casa, con delicadeza, ya un poco cansada, por el sol que producía fatiga. Ya el sol se había puesto en su mejor sitio.

Entro a la casa, oyendo alborotos y gritos provenientes de la cocina, El Hijo mayor Danielle, un muchacho delgado, ojos verdosos como los de su padre, llevaba una camisa larga y pantalones grandes que solían verse su ropa íntima. No fumaba, ni bebía, pretendía hacerlo pero no era así. Su cabello rubio oscuro, pálido idéntico a su padre.

Aparte de Danielle, Lauryn tenía otros tres hijos varones trillizos, con cabello rubio más claro, y los ojos verdosos, Michael, Chantui y Lenon. Habían cumplido 12 años.

El Esposo de Lauryn un hombre corpulento, grueso y alto, Trabajaba en una fábrica de Medias siendo el supervisor de menor rango. Danielle usualmente criticaba a su padre por su trabajo, y decía que eso era humillante. No quería que nadie se enterara.

- Voy a irme a casa de Sam, creo que estaré mejor allí, ya que sus padres son un poco modernos comparado con ustedes. – Lauryn se hervía la sangre y mínimo agarrarlo por el cuello.
- ¿sí? Es lo que tú digas. Pues te quedaras aquí con nosotros. Ya he tenido suficiente de ti. Dirígete a tu habitación.

Negó con la cabeza y Salió de la casa. Jam (padre de Danielle) le llamo la atención y este obedeció sin decir ni una sola palabra.

Estuvo encerrado por horas, maldiciendo la casa y todo aquello que le produjera en ese instante.

Al frente vivía una muchacha particular e única, llena de grandes conocimientos y tímida.

Cuando a Danielle le levantaron el castigo, este salió corriendo como si estuvieran regalando dinero en la calle. La chica llevaba un montón de libros de la biblioteca, para hacer un informe sobre las tortugas marinas, a diferencia de Danielle, ella era menor que él.

- ¿Te ayudo con los libros?– Pregunto acercándose a la chica que parecía que le tuviera asco o miedo.

Ella paso por al lado sin dirigirle la mirada, como si hubiese visto un fantasma que le decía algo.

- Oye espera. No puedes cargar eso tu sola, déjame ayudarte.

- No- dijo con una mirada fría y soberbia. Y siguió caminando con el montón de libros, en ambos brazos.

Llego un momento que la chica se cayó en medio de la calle, se quedó tendida allí con la esperanza de que alguien la ayudara y que no pasara ningún vehículo.

Se acercó un chico, medio gordo que la ayudo a levantarse inmediatamente.

- Gracias, eres muy amable- y le dirigió una sonrisa disimulada.
- De nada. Si quieres te llevo tengo que ir a la biblioteca- acercándose a ver que los libros decían Propiedad de la Biblioteca New York.
- Claro, seguro. - Danielle que se había aproximado a donde yacía la chica, frunció el entrecejo, enojado y lleno de ira.

Casi se tropieza de un poste, al ver que la chica metía sus libros en el coche.

Lo único que quería era hablarle y hacerle entender que le gustaba.

- ¿Quién era ese chico que te perseguía?

- No lo sé, supongo que vive en la misma calle que yo, pero no me agrada. Parece rapero o algo parecido. Creí que era un ladrón, por el aspecto que tenía.
- Yo lo conozco, no es tan malo como parece.

Llego el final del verano, Danielle seguía triste por lo ocurrido. Pensaba constantemente en ella, a ver si algún día podía encontrarla sola y así tener el chance de hablarle.

No fue hasta que en una tienda de antigüedades, poco inusual, se encontraba ella eligiendo a ver que compraba.

- Ambos son bonitos, pero no se cual elegir, Cecilia.- le decía a la vendedora, mostrando unos objetos rarísimos, un reloj grande de oro macizo que llevaba una manilla para moverlo y hacia tic tac, tic tac cuando daba la hora. Parecía echo de puro oro y muy pero muy pesado. Y el otro objeto era un libro extraño, con la tapa de madera por ambos lados y una ilustración de un caballo hermoso de color gris. Contenía una serie de páginas asombrosas, el libro se notaba viejo,

sin embargo con el mantenimiento que le hicieron estaba intacto, sin moho ni humedad.

- Siempre eres así de indecisa, Saideth– un hombre alto entro a la tienda con un chaleco y vestido ejecutivo, una voz gruesa y llevaba un maletín de metal, al lado una señora baja, vestida elegantemente y miraba con asombro una estatua diminuta de Venus.

Danielle prestaba con muchísima atención, a los dos seres que entraron. No se movió, estaba en el segundo piso de la tienda, viendo a la muchacha hablar y sin comprar nada.

- Chico no lo vi venir, ¿En qué le puedo ayudar?.– una señora salió de una puerta y se dirigía a él. Llevaba el vestido más raro y feo que haya visto nunca. Lleno de plumas de distintos colores.
- Solo miraba esta radio. Gracias, luego vendré. – con voz seca y casi se atraganta con el chicle cuando la vio, le daba asco y quería vomitar. La señora olía a moho y a cebolla.

Escucho unos gritos y salió disparado hacia el primer piso, pero ya Saideth se había ido, dudoso de donde

estará, le pregunto a la vendedora. Está señalando la puerta, sin hablar.

- ¿Qué? No la entiendo. Disculpe
- La señorita se fue, ¿porque tanto el interés? Yo que tu no me acercaría.-
- Por nada.- Mintió y cerró la puerta con cuidado.

Estaba tan hambriento, que tuvo que comerse algo en la feria del centro comercial.

- ¿Qué haces aquí, Hermano?

Era Sam, su mejor amigo, que lo miraba como si le pasara algo.

Él le explico lo sucedido, Sam se rio tanto que las personas que pasaban se le quedaban mirando como si estuviera loco.

- Esa chica es imposible, es rara. De hecho estudia en la universidad de New York, la he visto varias veces. No se niega que es linda, se viste bien.
- Genial .

Danielle invito a Sam a comer algo, el estómago le rugía. Lleno de desespero, la comida le cayó pesada. Observaron a la multitud que entraba en un restaurante.

- ¡Allí esta ella!– exclamo Sam conmovido.– tienes que decirle algo porque viene hacia nosotros. La emoción que tenía Danielle era tan evidente, que se sonrojo un poco.
- Disculpe, en su mesa está mi celular. – ellos mismos ni se dieron cuenta que un iPhone estaba allí. Danielle con la mano temblorosa se lo dio.– Gracias. Discúlpame por no haber aceptado tu ayuda con los libros.– una leve sonrisa en sus labios, un poco seca.– Sam, Nos vemos en clase. Adiós
- ¿QUE? ¿Por qué NO ME DIJISTES NADA?
- No sabía que te gustaba tanto. Pero te la dejo, no me gusta.

En la noche helada, los padres de Danielle discutían. Y a lo lejos veía a Saideth tendida en la cama con varios periódicos encima.

Pasaron unos días para el comienzo de una jornada un poco estresante: RUTINA DE ESTUDIAR Y TRABAJAR.

Como los hermanos de Danielle, eran pequeños en cierto modo, tenía que llevarlos al colegio, con el auto de su madre.

Saideth iba en una Bicicleta, algo vieja y desgastada, conducía con tranquilidad.

Se paró en un estacionamiento, donde estudiaban Michael, Chantui y Lenon.

En segundos, el chico se bajó a toda velocidad, dejando a sus hermanos en el auto, y cuando se dio cuenta ya los tres se dirigían a su clase.

- ¿Trabajas aquí?– Pregunto seguro de sí mismo.
- No. Hago Pasantías.– con una voz diferente a la que había oído antes. – Y quien eres tú?.– Viéndolo con asombro.
- La otra vez te vi con unos señores, en una tienda de antigüedades, y luego en la feria y te di tu celular. Y le dijiste a mi amigo que lo verías en la uní...– antes de que terminara la frase, no se concentró más que en sus ojos. Ella se quedó quieta, pensando que le pasara.
- Ohm! Estas confundido. No estudio en la universidad, ojala lo hiciera, será estupendo.– dijo en voz baja.– Seguramente me confundiste, las antigüedades me fascinan pero no tengo ni siquiera para comprar todo eso. – dio un

- respiro.- ojala tenga celular y gente a mi alrededor. - añadió: Lo lamento, me tengo que ir.
- Te vi, en serio. No estoy loco, lo juro.- dijo nervioso todavía viendo sus ojos.
 - No. Esa chica que viste es una millonaria loca.
 - ¡MUEVETE, MUJER!- Grito un señor alto con cara de rana. La muchacha nerviosa, se marchó detrás del señor. Dando pasos lentos y con la cabeza abajo.

Se quedó esperando a que la chica saliera de su trabajo, quería seguir hablando con ella, porque había algo que no le convencía y estaba intrigado.

Las horas pasaron lentas, el sol se ocultaba. El frío espeso, era desagradable. Michael, Lenon y Chantui se fueron solos a casa, enfadados y molestos.

Danielle se quedó dormido en la acera, recostándose del automóvil. Soñó cosas extrañas y oía una voz a lo lejos, dio un salto y ella estaba allí observándolo con pena.

- ¿Qué estás haciendo?
- Quería, ya sabes, verte.- contesto con entusiasmo, limpiándose la cara.
- Vamos por un café, veo que no dormiste bien.

El notaba algo diferente en ella, no parecía la misma. Su voz era dulce y tierna, y más amable.

Entraron a un cafetín, cercano al colegio. Estaba medio vacío, y se sentaron al final, arrinconados.

- Dos latte, por favor. Con galletas de chocolate– le indicaba al mesero.
- Aun no lo entiendo. No estoy loco, pero te vi con esas personas.
- Ciertamente. Era yo. No hablo mucho con nadie y sé que estarás confundido al distorsionarte un poco. – trago saliva y continuó: Son mis padrinos, vivo con ellos desde que tenía 4 años, mis padres fallecieron, tenían cáncer en la piel y murieron juntos.– el mesonero les había traído los lattes.
.– romántico, ¿no lo crees?, luego me criaron, son estupendos. No me gusta que me digan que soy millonaria ni nada de eso, de hecho soy simple, como todos. A juzgar por las apariencias, siempre es bueno ser humilde.– tomo un sorbo de café y continuó: a veces suelo ser antipática con los demás, me criaron así y así soy. Estudio en donde tu amigo estudia, a decir verdad casi nadie se me acerca, piensan que soy rara y eso. Te mentí, porque en la escuela donde doy

talleres, nadie sabe lo que te dije, convencí a mis padrinos para trabajar y ganarme la vida haciendo algo útil, no es necesario trabajar me dijeron, pero no podía estar tanto tiempo encerrada o estar con gente de clase alta. El prestigio es bueno, conoces gente famosa y te tratan bien. .- pidió otro café aún más grande y a Dani también se lo pidió. .- Mis padres me heredaron muchas cosas. Te preguntaras porque te comento esto, cierta persona me dijo que me veías desde tu casa y que me perseguías a menudo.- soltó una carcajada natural y este se puso más rojo de lo que estaba.-

- No tengo nada que decir en mi defensa, solo quería conocerte. E invitarte a algún sitio.
- Voy esta semana a París, tengo que arreglar algunas cosas, y me voy de vacaciones a mi país.
- ¿TU PAIS? Pensé que eras americana- dijo con asombro.
- Sí. Soy de Noruega. Por eso la palidez. - comento con alegría.- sal con otras chicas, y diviértete. Casi nunca estoy en New York, viajo mucho.

Danielle sintió como si apuñalaran su estómago, se bebió todo el café de un solo sorbo y por fin hablo:

- Está Bien. ¿Te llevo a tu casa?
- No. Tengo mi auto. Y ¿por cierto tu nombre es?
- Soy Danielle.- dijo estrechándole la mano.
- Soy Saideth. Un poco extraño pero me gusta.
Cuídate, se hace tarde.

Esa noche no durmió, pensando en todo lo que le dijo. Su madre estaba tan histérica que no hacía más que quejarse de todo. Su padre sin embargo, solía salir todas las noches y llegaba en la madrugada.

Muerto de sed, salió de su habitación, y fue directo a la cocina.

- No te interesan tus hijos, Jam. No eras así.
- Me interesan más que a ti, Lauryn. Deja de inventar cosas.
- Eres un Insolente y Sucio. No esperaba más de ti.
Eres de lo Peor.

Jam no le hizo caso, y fue a la cocina. Danielle yacía comiendo de todo y tomando agua como si llegara de un desierto.

Sin decir nada, fregó todo lo que ensucio, su padre se arrancaba los pelos del cabello con angustia y rabia.

Lauryn gritaba como loca, maldiciendo a Jam de todo. Es culpa tuya que Dani esta así, es culpa tuya que tus hijos no te quieran, no haces más que irte a festejar con tus amigas, seguramente tienes otra mujer.

- ¡MALDITO, ERES UN MALDITO! – Gritaba más fuerte. – eres un mujeriego de segunda, por eso has estado bajando de peso, por eso llegas tarde.

Nadie había visto así a Lauryn, Lenon se encontraba en la escalera, estupefacto, sollozaba. Michael estaba dormido, ni una música a todo volumen le impedía seguir durmiendo. Chantui al lado de Lenon lloraba con intensidad. Sus papas, parecían perros y gatos, discutían cada noche, cada madrugada, temprano por la mañana, en la tarde, era horrible como una pesadilla.

Danielle seguía viendo a Saideth, cuando llegaba de viaje, la trataba más como una amiga.

- He pensado mudarme de allí, ya no aguanto. Me llevare a los chicos. – decía.
- No lo sé, es demasiada responsabilidad. Calma, todo estará bien.– Dijo positivamente Saideth que intentaba leer un artículo de periódicos sobre la familia.

La casa de Saideth era el triple de grande, tenia de todo. Mesa de billar, Piscina, Bolwing, Cancha de Tenis Mini, Comedor grande, cocina grande, 5 Pisos.

- ¿Por qué tan grande? Es exagerado. Solo viven ustedes tres nada mas.– asombrado de ver tantas cosas.– No es Necesario.– Opino.
- No, te equivocas. Vivimos más gente.
- ¿Quiénes?
- Los hijos de mis padrinos, Marshall, Annie y Basie. – Dijo al ver la cara que ponía Danielle. – y Bueno esta la habitación de huéspedes, que parece una Suite.
- Pero todavía sobra espacio, 6 habitaciones es pequeño. – Miro como si ella ocultaba algo que no quería decirlo, como un secreto quizás.
- No te he comentado que pronto me mudare de aquí. – dijo con alegría, dándole un vaso con helado.
- ¿Y eso? Aquí prácticamente tienes todo.

No dijo más nada. Se sentaron en la sala. El silencio perturbaba por toda la sala. Las puertas se abrieron de golpe, eran Marshall y Annie.

Miraron con asco a Danielle, como si fuera una bolsa de basura. Susurraban algo y luego lo miraban riéndose.

- Nunca tendrás la oportunidad de ser algo más que amigo con mi querida hermana, Bobo.- Dijo Marshall en voz Alta.
- Sí. Creo que aún no se lo has dicho. Pues bien, te diremos nosotros entonces.- Añadió Annie con voz maléfica.

Antes de que abrieran nuevamente la boca, aparecieron los padrinos y Basie, un niño pequeño, muy tierno y llevaba varios carros en una bolsa. Marshall era el mayor de los hijos, un chico poco común, simpático y agradable. Solo que no quería ver de cerca de Danielle. Annie pecosa, cabello ondulado y rojizo. Todos en esa familia eran rojizos, menos Saideth, que era blanca como la nieve, y el cabello de negro intenso, ojos miel.

Le hizo señas y el mismo salió de allí, antes de que lo golpearan o le hicieran sentir mal.

Lauryn había salido, dejando solos a los chicos. Al entrar había dejado una nota en un papel desplegable color crema. Y decía:

Queridos Hijos:

Me alejo de ustedes, por la sencilla razón de no soportar a tu padre. Estarán bien con él.

Lauryn.

P.S: LOS AMO MUCHO. CUIDENSE

Rompió inmediatamente la carta, tirándola al fuego de la chimenea. El enojo hizo que rompiera sin querer una muñeca de porcelana, todos los vidrios se esparcieron por toda la sala, causando mucho ruido.

Lloraba tanto que no podía contenerlo.

- ¿Qué está pasando aquí? Ah...- era el padre de Danielle que acaba de entrar a la casa, viendo rota la muñeca de porcelana, y a sus hijos tendidos en el sofá llorando.- No era gran cosa esa muñeca, menos mal que se partió. - no comprendía en realidad porque estaban sintiéndose así, dejó el maletín encima de la mesa del comedor y fue hasta ellos.

Los tres hablaban al mismo tiempo, hasta que Jam, los interrogo a cada uno, para que explicara lo sucedido. Dani señalo la chimenea, diciendo que había tirado la carta que le escribió su madre hecha

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

